

Cristina Ortiz Ceberio y María Pilar Rodríguez: *Ellas cuentan: representaciones artísticas de la violencia en el País Vasco desde la perspectiva de género*. Madrid, Editorial Dykinson, 2020, 196 pp.

La labor investigadora que está desarrollando María Pilar Rodríguez en torno a la violencia en el País Vasco es encomiable, pues desde el campo académico ya ha dedicado varias compilaciones a investigar sobre el tema desde varias perspectivas. A *Imágenes de la memoria: Víctimas del dolor y la violencia terrorista* (2015), *Imágenes de la memoria: Mujeres víctimas del dolor y de la violencia terrorista* (2017) y *Tras las huellas del terrorismo en Euskadi: justicia restaurativa, convivencia y reconciliación* (2019, en colaboración con Annabel Martín) se añade este cuarto libro, realizado junto a Cristina Ortiz Ceberio, que se centra en analizar las representaciones artísticas que las mujeres creadoras han realizado sobre la violencia del País Vasco. El libro está escrito desde una muy necesaria perspectiva de género, pues han sido pocas las creadoras que se han acercado al tema y sus obras han sido además poco analizadas. Este enfoque permite, asimismo, contrastar si la perspectiva y la mirada que se ofrece por parte de las mujeres a la violencia del País Vasco es diferente a la que han hecho los hombres.

Ya en la introducción, sintomáticamente titulada "Representaciones artísticas de la violencia desde la perspectiva de género: El giro afectivo", se señala que la base sobre la que se construye el libro es la teoría de los afectos, que "conlleva poner esas emociones en primer plano y buscar vehículos de análisis, tales como la literatura, para pensar en la indisolubilidad de lo íntimo y lo privado con lo político y lo social, lo discursivo y lo no discursivo" (22), tal y como lo indican las autoras en la introducción del libro

Estructurado en varios capítulos, el resto del libro analiza la obra de las escritoras y cineastas vascas Laura Mintegi, Mariasun Landa, Arantxa Urretabizkaia, Dolores González Katarain, Ana Díez, Helena Taberna, Luisa Etxenike, Gabriela Ybarra, Edurne Portela, Katixa Agirre, Aixa de la Cruz y Estela Baz. Salvo en uno de los capítulos, el dedicado a la novela *Mejor la ausencia* de Edurne Portela, que analiza la obra de forma individual, el método de estudio implica una mirada panorámica que hace dialogar a varias obras diferentes, creando así un interesante diálogo que enriquece el libro.

En el primero de los capítulos, "La pregunta por la identidad: Trayectos de ida y vuelta", se analizan dos obras literarias: *Fiesta en la habitación de al lado* de la escritora vasca Mariasun Landa y *Yoyes. Desde su ventana*, los diarios póstumos de Dolores González Katarain. Ambos textos están realizados desde el yo, pues recogen experiencias y pensamientos personales de las autoras. Uno

de los escritos, el de Landa, está escrito desde la distancia física y emocional, ya que recoge las vivencias de la joven cuando decidió abandonar el País Vasco para irse a trabajar y estudiar a París en el año 1968, año clave para esa ciudad pero también para el País Vasco al coincidir con la fecha en la que ETA cometió sus primeros atentados –uno no premeditado, el del guardia civil José Antonio Pardines, y otro con el que comenzaría su espiral terrorista, el del jefe de la Brigada Político-Social de Guipúzcoa, Melitón Manzanos–. *Yoyes. Desde su ventana*, por su parte, es un diario que no nace con vocación de ser convertido en obra literaria, por lo que su escritura es muy interesante puesto que se hace “desde dentro”, ya que en el momento en el que Yoyes lo escribe aún formaba parte de la banda terrorista o estaba en el proceso de alejamiento de esta. Los dos textos, por tanto, son fundamentales al permitir “abordar, a través de distintas fórmulas narrativas de (auto)representación, los complejos mecanismos de negociación de la identidad y los parámetros de reinención personal que la época permitió a las autoras” (31). En el análisis que las autoras realizan se profundiza en aspectos como la situación política y social del País Vasco a finales de los sesenta y setenta, así como la experiencia del exilio y la inmigración que, sin duda, alguna contribuyeron a forjar la identidad de Mariasun Landa y de Dolores González Katarain. El capítulo se inicia, además, con una breve pero esclarecedora contextualización de los inicios de ETA que, sin duda alguna, complementa el análisis de las dos obras literarias.

Resulta muy interesante el estudio realizado a las novelas de Laura Mintegi y Arantxa Urretabizkaia en el segundo de los capítulos, “Género y violencia política. Primeras representaciones literarias: *Nerea eta biok*, Laura Mintegi, 1994, *Koaderno Gorria*, Arantxa Urretabizkaia, 1998”. Ambas novelas comparten ciertas similitudes, más allá de estar escritas en euskera, con una clara intención de establecer “una proximidad afectiva con sus lectores” (71), además de una aproximación nacionalista a la situación que retratan, especialmente presente en la novela de Mintegi, en la que “el aspecto lingüístico aparece fuertemente vinculado a una seña de identidad vasca, que es también asociado a una identidad política” (72). Además de estos aspectos, ambas novelas sitúan a la familia como elemento central, e inciden especialmente en la maternidad y en lo que esta supone en un entorno en el que la violencia forma parte de la vida cotidiana. Según las autoras, en las dos novelas “la violencia y el compromiso político establecen una tensión por una parte entre el ideario maternal, que entiende a la madre como fuente de vida, nutrición y cuidado, y por otra, la aceptación de la violencia para la consecución de fines políticos que asume la madre nacionalista radical” (25). El estudio de ambas novelas, escritas desde una perspectiva de género en torno a la maternidad, resulta muy interesante, ya que en ellas el tratamiento que se hace de maternidad y violencia está realizado desde “el sufrimiento del ser cercano y familiar e invisibilidad el dolor y el sufrimiento del ‘otro’ ajeno a ese círculo afín” (85), aspectos muy presente no solo en la literatura vasca sino también en toda la sociedad de los años 90, en el que las víctimas estaban invisibilizadas por un discurso dominante de la izquierda abertzale y del nacionalismo vasco.

*Ander eta Yul* y *Yoyes* son las dos películas analizadas en el capítulo tercero, “*Ander eta Yul y Yoyes: Muerte y ruptura afectiva en la comunidad fracturada*” y son, además, dos raras avis en la filmografía que compone el denominado cine vasco. A pesar de la ingente cantidad de filmes que se inscriben en esta categoría, apenas hay películas dirigidas por mujeres. Ambas centran su argumento en ETA: la de Ana Díez retrata un episodio desconocido de la banda terrorista en los años 80 –los asesinatos de narcotraficantes–, y la de Helena Taberna en la vida y muerte de la ya citada Dolores González Katarain, *Yoyes*. La aproximación teórica a ambas gira en torno a la elección por parte de las directoras de temas complejos y difíciles, en las que la muerte es el tema central y en las que “los lazos personales y afectivos son sustituidos por la rígida disciplina de la organización, que impone la obediencia a la causa de la independencia a cualquier otra razón” (90). El análisis de *Yoyes* resulta muy interesante, ya que se complementa con el análisis de *Yoyes. Desde su ventana*, texto en el que se basa y que ya fue analizado en el primero de los capítulos de este libro. De esta forma, ambos capítulos dialogan entre sí y se complementan.

Sin lugar a dudas, el cuarto capítulo, “*El Ángulo ciego y El Comensal: Implicaciones afectivas en la representación literaria de la violencia política*”, resulta fundamental para entender lo que se está haciendo desde la literatura actual para “explorar el impacto emocional de la violencia, que se revela complejo, pero que es imprescindible para conformar un relato más complejo de la misma” (134). Publicadas respectivamente en 2008 y en 2015, las dos obras centran sus argumentos en deslegitimar la violencia terrorista y en ahondar en las implicaciones que tuvo para la sociedad vasca, y se sirven de la literatura para “imaginar experiencias fuera del marco polarizado impuesto por este entorno violento” (114). Tal y como indican Ortiz y Rodríguez en su análisis, ambas buscan generar un efecto en el lector y mantener viva la memoria del sufrimiento de las víctimas hasta ahora retratadas como personajes secundarios y pasivos en la literatura vasca.

En el capítulo dedicado a Eurne Portela, “*Mejor la ausencia: Violencias y fracturas afectivas*”, se analiza su primera novela y se incide en cómo la violencia impregna y modifica la vida de las personas, desde los momentos más puros de la niñez, hasta la configuración adulta. La violencia tiene la virtud de afectar no solo a aquellos que la sufren en primera persona, como pueden ser las víctimas de un atentado terrorista, sino también a aquellos que con su silencio y su inacción no la condenan, como pasó con gran parte de la sociedad vasca. Al escribir, Portela hace que “las emociones dejen de ser parte exclusiva de un mundo interior privado y puedan ser entendidas en un contexto social como efectos y como afectos; es decir, la emoción recupera su aspecto relacional o político en cuanto a capacidad de afectar a otros y ser afectado junto” (22). La lectura de *Mejor la ausencia* duele al lector y “nos interroga, además, acerca de nuestra propia capacidad de reacción, o incluso de participación en procesos en los que la violencia ha estado presente y ha constituido una realidad ineludible” (141). El artículo indaga en la violencia de forma dicotómica, dedicándole un epígrafe a

la violencia familiar y violencia de género y otro a la violencia política y violencia social, aspectos muy presentes en la narrativa de Portela.

El libro se cierra con el capítulo "La vuelta al pasado: Indagación en el conflicto familiar, social y político. *Los turistas desganados, La línea del frente y Los niños de Lemóniz*" en el que se analizan tres novelas cuyo nexo de unión es que están escritas por jóvenes escritoras –respectivamente, Katixa Aguirre, Estela Baz y Aixa de la Cruz– que "emprenden un viaje de regreso o retorno al País Vasco [...] con el objetivo específico de *comprender* el pasado" (28). Si bien las tres novelas son muy diferentes entre sí y su acercamiento a la violencia vasca es muy desigual, en su narrativa está presente y de forma indisoluble "la esfera de lo público, lo político y lo social, y las vivencias familiares e íntimas de las protagonistas" (157). Así, en las tres, al igual que en la de Portela, se recurre al género del *bildungsroman* para narrarlas y al regreso para articular una narración cargada de subjetividad femenina. Además, Aguirre, Baz y De la Cruz "llevan a cabo un duro y exigente esfuerzo de introspección para entender lo que pasó y para entenderse a ellas mismas" (186). El hecho de que Ortiz y Rodríguez las analicen de forma conjunta permite abordar el estudio desde un punto de vista múltiple, enriqueciéndolo y permitiendo la interacción entre obras que fueron concebidas como un relato único.

El libro no pretende realizar una comparativa entre la visión de hombres y mujeres pero sí que permite completar el retrato que desde la narrativa y el cine se ha hecho de la violencia en el País Vasco utilizando para su análisis la perspectiva del género y la teoría de los afectos. El análisis realizado a las diferentes obras que se han ido mencionando puede ser extrapolado a otras similares, pues el fundamento teórico y la metodología con los que las autoras lo han realizado es tan sólido y completo que permite ser utilizado como base a futuras investigaciones. Los títulos estudiados tienen en común que han sido realizados por mujeres que ofrecen su visión sobre la violencia en el País Vasco con una alta implicación de las emociones. El orden con el que se presentan las obras analizadas, cronológico, permite observar la evolución que se ha dado en el discurso narrativo, estrechamente ligada con la político y social. Así, se parte desde una postura que legitima, de forma más o menos velada, la violencia, hasta llegar a un discurso que busca comprender lo que pasó para poder avanzar pasando por una etapa en la que las víctimas reclaman su lugar hegemónico en el relato.

El título no podría ser más certero con esa primera parte de la frase: Ellas cuentan, pues el libro no solo debe ser entendido como un intento de que sean las mujeres quienes asuman el papel de narradoras de la violencia en el País Vasco, sino también como un medio a través del que reclamar que sus voces deben ser reconocidas por parte de la sociedad como narradoras válidas e importantes dentro del ámbito público regido por hombres de forma mayoritaria. Con su libro y con el análisis de sus obras, Cristina Ortiz Ceberio y María Pilar Rodríguez, introducen en la esfera de lo público a estas creadoras a través de sus obras.

Todos los libros son importantes pero algunos son, además, necesarios, ya que nos permiten entender el presente, con sus luces y sus sombras, para poder construir un futuro en el que se reconozca el dolor, el odio, la injusticia, el

abandono, el silencio y una compleja gama de emociones con las que se convivía en el País Vasco y que aún perviven en parte de la sociedad. La literatura y el cine, las artes en general, ayudan a que el público pueda acercarse a lo sucedido, situando a las emociones en primer plano con el que poder “abrir nuevas preguntas y redefinir el ámbito político” (22). Este libro permite ahondar en esas nuevas preguntas, compartiendo con las obras analizadas el importante compromiso que todo escritor e investigador debe tener con la sociedad, que no es otro que “hacer visible la injusticia causada por la experiencia de la violencia con el fin de intervenir en el diálogo social y con ello implicar y conmover al lector o lectora” (193). Ortiz y Rodríguez lo consiguen y por ello merecen nuestro agradecimiento.

MARÍA MARCOS RAMOS  
Universidad de Salamanca  
mariamarcos@usal.es